

# La Kukula

BOLETIN DE DIFUSIÓN HISTÓRICA Y CULTURAL DE LA VILLA DE BURGUI

MARZO 2025 Nº 76

## VICTORIA ELIZALDE, NUEVA CENTENARIA DE BURGUI

Victoria nació en Burgui, en casa Martisanz, un 26 de febrero de 1925 a las doce de la noche. Era hija de Juan Elizalde Glaría, natural de Burgui, y Martina Hernández Melero, natural de Castillonuevo. Sus abuelos paternos eran Hipólito Elizalde Garate y Dominica Glaría Mainz, ambos naturales y vecinos de Burgui. Y por parte materna, Juan Hernández y Fernanda Melero, naturales de Castillonuevo y ya difuntos en ese momento.

Juan y Martina tuvieron siete hijos, siendo Victoria la sexta hija en este orden de mayor a menor: Dominica, Joaquina, Santiago, Emilio, Fernanda, Victoria y María.

Su madre Martina, nacida en Castillonuevo, se trasladó de joven a vivir a Burgui, concretamente con sus tíos Luis Aisa y Juana Melero, de casa Surio. Parece ser que Juana era hermana de su madre, y que fue a casarse a Burgui. Al no tener hijos este matrimonio, la acogieron como heredera a cambio de garantizarse así los cuidados y atenciones durante su vejez a falta de hijos. Fue así, viviendo en Burgui, como conoció a Juan, que vivía en casa Martisanz con sus padres y su hermana Francisca.

Victoria desconoce el origen del nombre de casa Martisanz pero conserva algunos recuerdos e imágenes de su infancia en Burgui de los que vamos a dejar constancia. Recuerda por ejemplo a su abuelo Hipólito vistiendo con el típico calzón roncalés y que su madre Martina hilaba y hacía calcetines para vender a los pastores que eran contratados para trabajar en casa Baines. Su padre Juan era un hombre muy recto, maderista de profesión, que contrataba almadieros para dar salida a la madera que vendía. El también debió de bajar en almadía hasta Zaragoza en alguna ocasión.

En casa Martisanz tenían también tres bordas, situadas en Sasi, Txares y el Vedau Nuevo, así como varios montes ricos en pinares y un par de huertas en la zona de Biniés. Recuerda que en casa y en el pajar tenían unas 8 vacas, 2 cabras, bueyes de labranza, cerdos, gallinas, conejos y un macho para los trabajos de la madera principalmente.

De niña le tocó alguna vez cuidar que las vacas no entraran en los sembrados, pero iba más su hermana mayor Dominica. También recuerda acompañar a la abuela Ayerra con las vacas del pueblo (*se refiere a Isidora Lorente, viuda de Martín Ayerra, que ya mayor y medio ciega era la encargada de sacar las vacas del pueblo*). Ir a por agua a la fuente del molino y a lavar la ropa tanto al río como al molino.

Cuando mataban el cuto en casa, el jamón era para los obreros que iban a trabajar a casa Martisanz (en referencia a los almadieros que contrataba su padre como maderista). Ponían longanizas y lomo en aceite en tinajas para conservarse durante todo el año.

Recuerda ver cómo hacían la masa del pan en casa y llevarla a cocer a dos hornos que había en el pueblo. El más cercano estaba en casa Rumbo pegada a la trasera de la propia casa Martisanz. Hacían en casa a la vez 4 ó 5 panes de 2,5 kgs., en un hueco bajo la escalera de casa, que duraban varios días.

Su madre Martina hacía también muñecas con masa de pan que luego se cocían. La chimenea de la casa era grande, redonda, y el fuego se hacía en medio de la cocina. En el primer piso de la casa estaba el granero.

Recuerda a los zipotereros en carnaval y que en fiestas el baile se hacía en las eras con músicos. En casa Zarrajero de la calle Mayor había un salón grande de baile con piano en el que también se representaban comedias. La compras se hacían en las tiendas de la Cooperativa y la de Avizanda.

Victoria no tiene muchos más recuerdos de sus vivencias en el pueblo. Estuvo viviendo en Burgui hasta los 16 años, momento en el que se fue a Pamplona para aprender a coser, actividad que empezó en Burgui iniciándose con Estanis, prima de su padre. Durante su vida profesional fue modista y estuvo residiendo durante una época en Barcelona.

Se casó a los 40 años con Jesús Leránz, que trabajaba de dependiente en el comercio de telas Tejidos Górriz, en la calle Mayor de Pamplona (hoy palacio del Condestable). No tuvieron hijos y acudían a Burgui en periodos vacacionales en su coche Citroen Dyane 6.

A Victoria le ha gustado siempre mucho viajar y, por su profesión de modista, ha sido y sigue siendo muy coqueta y elegante. Con motivo de su centenario, el pasado 26 de febrero desde La Kukula y el Ayuntamiento de Burgui se le hizo entrega en la Residencia San Fermín de Pamplona, donde reside actualmente, del habitual cuadro conmemorativo con el que se homenajea a las personas centenarias que han nacido en el pueblo de Burgui.



# OFRENDAS A NUESTROS ANTEPASADOS

Hay estampas costumbristas de Burgui, de nuestro valle y de nuestro Pirineo navarro que a muy corto plazo ya no van a ser recordadas por nadie y que a medio plazo las vamos a percibir como algo inimaginable. Entre todas ellas brilla con luz propia el “culto” que se mostraba antaño a nuestros difuntos. Es una realidad que desde la percepción de religiosidad popular que existía en el seno de nuestras familias... se nacía para morir y se moría para vivir. El problema estaba en el último, ese volver a vivir no era en este mundo sino en el cielo, y no era una vida cualquiera la que nos esperaba después de la muerte sino una vida de plenitud, de gozo y felicidad, una vida eterna, una vida junto a Dios y junto a nuestros seres queridos. Eso sí, esa vida eterna, ese premio, había que ganárselo durante la vida terrenal, y para eso había que cumplir durante nuestro ciclo vital unas normas que quedaban perfectamente establecidas a través de diez mandamientos que son los que configuraban, y configuran, la Ley de Dios.

Entiéndase, por tanto, que cualquier falta (pecado), fuese venial o fuese grave, había que repararlo cuanto antes a través del sacramento de la penitencia, en el confesionario. Entiéndase, igualmente, que lo óptimo era, en el momento de fallecer, haber recibido previamente todos los sacramentos; como importante era que el moribundo se pusiese en actitud de entrega y encomienda a San José, patrón “de la buena muerte”; o que en el momento del óbito se abriese una ventana de la casa o se quitase una teja del tejado para que en ningún caso el alma quedase retenida y pudiera libremente subir al cielo, costumbres estas que hoy nos suenan a chino pero que en el Burgui de hace cien o ciento cincuenta años eran de riguroso cumplimiento, aunque solo fuese “por si acaso”.



Mujer viuda de Ochagavía con cestillo. Foto Roldán, año 1924

Por eso cuando una persona fallecía, es decir, cuando el alma se separaba del cuerpo, era muy importante rezar por esa alma; se desconocía –no bastaba con intuirlo– el nivel de reconciliación personal que cada persona difunta hubiese podido tener con Dios en el momento de morir y, en consecuencia, las dificultades que podía tener su alma para alcanzar “la gloria de Dios”. Se entendía además que cualquier falta leve que hubiese tenido la persona fallecida podía forzar a que ese alma tuviese dificultades para llegar al cielo; incluso, según fuese la gravedad de la falta, se creía que ese alma podía quedar retenida en el limbo, o en el purgatorio, y que para salir de allí era importante rezar por esa alma desde aquí.

Así pues, en ese tránsito hacia el cielo, se consideraba fundamental que a esa alma no le faltase el alimento ni la luz. Aquí es donde entran en escena las ofrendas sobre las sepulturas de la iglesia.

## LUZ Y ALIMENTOS

Es importante recordar que durante siglos los enterramientos se han hecho en las iglesias hasta que, por razones de salubridad y de olores, se dispuso que los enterramientos fuesen en el exterior de los templos, incluso en el exterior de las poblaciones. En el caso concreto del valle de Roncal tan solo en la vecina localidad de Vidángoz se mantuvo el cementerio adosado a la iglesia parroquial. Entiéndase por tanto que durante siglos cada casa de Burgui tenía dentro de la iglesia de San Pedro una sepultura familiar. A su vez, en la sociedad vasca y pirenaica se delegaba en la *etxekoandre*, o “señora de la casa”, la responsabilidad de cuidar de que a los difuntos de la familia no les faltase nunca, durante las ceremonias religiosas, el pan y la luz. Esto significaba que cada domingo, cada aniversario, o cada festividad de Todos los Santos, la señora de cada casa, debidamente ataviada de riguroso negro y con la cabeza cubierta con la mantilla, se colocaba en la iglesia, en su mitad trasera (que es donde estaban las sepulturas), sentada o arrodillada en un reclinatorio ubicado al pie de la tumba familiar, y depositaba sobre la sepultura de la casa la ofrenda del alimento y la ofrenda de la luz. Antes de colocar estos elementos sobre la sepultura se ponía sobre esta un paño, en ocasiones blanco y en ocasiones negro, en función de la festividad, al que en el valle de



Mujeres en la iglesia de Ochagavía. Foto Roldán, año 1924

Roncal se le denominaba de forma genérica con el nombre de *zaleja* (también *celeja*). Sobre ese paño se colocaba, en su parte central, un pan, del que se sobrentendía que después de haber pasado un tiempo sobre la sepultura se quedaba "sin sustancia" por haberla aprovechado esta el alma o las almas de las personas allí sepultadas.

A la ofrenda del pan, del alimento, le acompañaba siempre la ofrenda de la luz. El elemento portador de la luz, en nuestro pueblo y en esta parte del Pirineo, era un cestillo funerario, al que llamábamos *zaria*, si bien en la parte alta del valle (Isaba y Uztarroz) llegó a subsistir hasta la segunda mitad del siglo XX su nombre en uskara roncalés, que era *kandra-xarno*, denominación esta que en otros tiempos es muy probable que se hubiese usado en todo el valle, Burgui incluido. Se trataba de un cestillo de mimbre en cuyo interior se colocaba una tabla cuadrada que, al menos en otros pueblos del valle se le denominaba "tabla de las ceras"; en esa tabla se enrollaba la cerilla (vela cilíndrica, flexible, de menos de un centímetro de sección, y de varios metros de longitud), cuyo cabo apuntaba en vertical hacia arriba. Era muy importante que a la hora de ir a la iglesia esa cerilla se encendiese en el fuego de la cocina, de tal forma que lo que se llevaba a la iglesia era la luz del *lar*, la luz del hogar de la casa, que debía de transportarse con mucho cuidado hasta la sepultura de la iglesia (la que el Derecho Pirenaico reconocía como una parte más de la casa); y era esa luz, la del hogar familiar, la que durante los oficios religiosos tenía que aportar luz a las almas de la familia en ese largo tránsito hacia la otra vida. La ausencia de esa luz seguía reteniendo a las almas, impidiendo que llegasen al cielo; mientras que la presencia de esa luz, la presencia de ese pan y las oraciones eran los elementos que hacían posible que ese alma, o esas almas, purgasen sus faltas y, finalmente, acabasen llegando al cielo en donde iban a poder disfrutar de la presencia de Dios y de la compañía de los seres queridos.

Todo esto que aquí hemos contado desapareció en Burgui justo después de la última guerra civil. Mientras que en la parte alta del valle llegó a conocer la segunda mitad del siglo XX. Obsérvese que después de eliminar los enterramientos de las iglesias, simbólicamente se emplearon sus antiguas ubicaciones para mantener sobre ellas la colocación de las ofrendas, no dejaba de ser ese el espacio de la casa en la que, aunque ya no se enterraba allí a nadie, se mantenían los restos de generaciones anteriores, dignos representantes de la totalidad de los difuntos de la familia.

Por último, obsérvese también que en el resto de Navarra, norte de Aragón, Comunidad Autónoma Vasca, y en algunas zonas de La Rioja, Soria, Burgos... existió este mismo ritual,

hoy extinguido en la totalidad de estos lugares excepto en la localidad guipuzcoana de Amezketa en la que todavía se mantiene vivo, cada domingo, el uso de las *argizaiolas* para que a las almas no les falte nunca la luz. Estas *argizaiolas* presentan diferentes formas en función de la ubicación geográfica; las hay antropomorfas, las hay con patas por ambas caras, las hay como era nuestro caso metidas en cestillos funerarios, incluso al otro lado del Pirineo (Xuberoa y Bearne, principalmente) las hay que son solo cerilla enrollada o cerilla formando caprichosas figuras.

Todo ello forma, o formaba, parte de nuestra cultura, de nuestra identidad, de nuestra religiosidad popular. El concepto de "casa" era sagrado, el fuego era el de la casa. Hoy... ya nadie recuerda aquello, apenas hay testimonios fotográficos de aquellas abuelas nuestras portando la luz a la iglesia, se extinguen también las personas y por tanto los recuerdos que quienes conocieron el final de aquella costumbre en la que se delegaba en la mujer tan alta responsabilidad. Tal vez alguno conserve en su casa alguno de esos cestillos funerarios sin saber lo que es, tal vez alguno haya oído hablar en su casa de ello, pero sirva al menos este artículo para levantar acta de uno de los ritos que en Burgui nos ha acompañado casi desde la prehistoria y que no dejaba de ser una prueba de amor y de agradecimiento hacia nuestra familia y hacia nuestros antepasados.



Cerilla que se encendía para llevar el fuego del hogar a la iglesia



Tabla de madera donde se enrollaba una vela denominada cerilla



Cestillo funerario para portar la cerilla encendida

## SEMILLERO DE PALABRAS

En el DNI de mi padre ponía como oficio “Labrador” es decir, el que labra la tierra. Y en el de mi madre “Sus labores” que eran todas. Así que soy hijo, como tantos, de hombre labrador y mujer laboriosa. Padre era principalmente pastor y leñador pero os voy a contar una historia en varios planos secuencia que empieza con el recuerdo de él saliendo de casa con Bayo, la caballería de casa que era tan importante que la considerabamos uno más de la familia. Me daba el ramal y yo con mis ocho años apretados sujetaba al animal. Padre lo aparejaba con paciencia y cariño, primero la manta en su espalda, luego el baste con su cincha, tárria y petral.

Después el collarón, las tiras, los cabos, el balancín. Y por último las tablas, el arado, el saco de semillas, las alforjas con el agua y la comida de los tres y la soga con gancho de atar. El siguiente plano es en el pequeño e inclinado prado, los tres en fila, yo primero tirando del ramal, Bayo tirando del arado y padre apretándolo para que entrase con fuerza en la tierra y naciese el surco. Vueltas y más vueltas, sudor y más sudor. La tierra se volvía a trabajar para “prepararla”.

Y cuando estaba “preparada”, padre se paseaba con el saco en banda en su pecho y rítmicamente esparcía la semilla del trigo o centeno con aquel movimiento del brazo tan de cuadro de museo. El sol y las nubes hacían su labor y el cereal crecía rápido y fuerte. Del verde pasaba al amarillo y la planta engranaba. Entonces se segaba con las hoces y zoquetas, aquellos guantes de madera que evitaban los cortes en las manos. Luego se ataban las gavillas con los ligos y se acarreaban a la era en la parte alta de la aldea. Allí tenía lugar la trilla, algo más cercano a una fiesta que a un trabajo. Se preparaba la parva extendiendo la mies en la era y luego



la caballería arrastraba el trillo de madera y piedritas de sílex incrustadas que cortaban la paja y soltaban el grano. Los niños sentados en el trillo que giraba y giraba reíamos y disfrutábamos de aquel tióvivo rural, parque temático de nuestra entonces feliz infancia.

Y el plano final, antes de la molienda y fabricación del pan, era la imagen de las manos de madre agarrando con fuerza el cedazo, cernedor, porgador, criba o zaranda y moviendo el grano saltarín en aquel tamiz de alambre y madera con forma de luna llena. Y lo lanzaba en vertical al viento y al caer aquel sonido de lluvia de trigo se quedó para siempre en mi cabeza.

Colaboración especial: Iñaki De Miguel.



Boletín impreso con la colaboración de:

Edita: Asociación Cultural La Kukula  
Depósito Legal: NA2358-2015  
www.lakukula.com info@lakukula.com



Ayuntamiento  
de Burgui  
Burgiko  
Aiza Bulgua